

pultura eclesiástica, la infamia, el interdicto, las penas para los clérigos, la excomunión, las formas «discretas» de penalidad, y finalmente un apartado sobre «un Derecho penal progresista».

El tercer capítulo se refiere a las normas que afectan a las ideas. Se contempla en primer lugar el Magisterio y la libertad de los espíritus; el poder magisterial de la Iglesia, las normas moderadoras de la enseñanza, las normas disciplinarias, el Índice de libros prohibidos, la censura previa de libros, la problemática de la legislación eclesiástica sobre publicaciones, la disciplina en estas materias atinente a clérigos y religiosos, y la aplicación de este tipo de normas.

Dos observaciones saltan a la vista del lector de este libro: en la legislación de la Iglesia —primera observación— no es el mismo el carácter de las normas que se estudian en el segundo y el de las que se estudian en el tercer capítulo de la obra de Naurois-Scheuermann, y sólo relativamente pueden llamarse penales muchas de las normas de aplicación de la potestad magisterial. No hago hincapié en una pura cuestión de sistemática codicial, que sería al fin y al cabo cosa secundaria y muy discutible, sino en el dato de la protección de los fieles que late en todo el derecho magisterial —mucho más orientado a esta protección que a la punición del posible error doctrinal—, a diferencia de la tutela del orden jurídico y en su caso de la represión del delito típicas de la norma penal. Este aspecto de la cuestión debe tenerse muy en cuenta para la recta intelección de la problemática de la obra que reseñamos.

La segunda observación se refiere a la evidente diferenciación del contenido de este libro en dos partes, cuya línea divisoria corre por en medio del segundo capítulo. De un lado, tenemos cuarenta páginas destinadas al tema en su aspecto más esencial: el poder de penar como algo que la Iglesia posee y cuya explicación se aborda como objeto de análisis en un momento del desarrollo de la ciencia eclesiológica poco propicio a los posibles enclaves jurisdiccionistas dentro del cuerpo eclesiástico; de otro, un análisis, sin perder —claro es— esta visión, de las concretas instituciones penales eclesiásticas. Es la primera parte la que, expuesta por estos autores con verdadera honradez científica, pide sin embargo en la actualidad un

tratamiento más desarrollado, para lo cual los trabajos como el presente significan aportaciones del mayor interés.

ALBERTO DE LA HERA

A. LATREILLE, E. DELARUELLE, J.-R. PALANQUE, R. RÉMOND, *Histoire du Catholicisme en France*, III, *La période contemporaine*, 1 vol. de 693 págs., Spes, París, 1962.

La potencia de las fuerzas destructoras de la vida cristiana, la riqueza e intensidad de ésta, el desafío de las grandes corrientes socio-económicas y el escisionismo ideológico de la nación, han sido, entre otros, los más poderosos factores que han impulsado a los investigadores franceses al estudio de la historia religiosa de su país. A este haz de motivaciones responde el libro que vamos a analizar, tercer volumen de una obra cuyos dos primeros tomos fueron ya criticados brillantemente por el profesor Orlandis en un número anterior de esta revista.

El director y autor en buena parte de la «Historia del catolicismo en Francia» no es muy conocido en España. La historiografía nacional se ha mostrado en los últimos decenios más atenta a los métodos y obras de las grandes figuras de la investigación socio-económica que a los cultivadores de otros temas. Las razones aducidas por ciertas escuelas para explicar esta receptividad a las nuevas corrientes y el olvido en que se halla la problemática ideológica no son del todo convincentes, sobre todo cuando de historia religiosa se trata. Aparte de que en ella encuentran eco poderoso todas las manifestaciones vitales, su conocimiento en un país como España debe ser previo a todo estudio estructural o político. Pero seguramente cuando nuestra historiografía repare en ello, habrá que desandar lo recorrido en otros caminos y derribar, por falta de buenos cimientos, grandiosos edificios ensayísticos... Que una legión de estudiosos trabaje actualmente en el esclarecimiento auténtico y real del siglo XIX sin que estas investigaciones puedan asentarse sobre la base de un discreto conocimiento de la historia religiosa de esa centuria, es algo por demás inexplicable. Observar cómo en el último cuarto de siglo, en que la bibliografía general de nuestra edad contemporánea ha incorporado

## BIBLIOGRAFIA

numerosos títulos —muchos de ellos valiosos—, la historia eclesiástica ha permanecido, salvo muy escasas excepciones, en el mismo nivel y con la misma densidad de fechas anteriores, es abrir paso a toda clase de reflexiones. Para mayor desgracia, cuando a raíz del Congreso Internacional de Historiadores celebrado en París en 1950, parte de la historia española se sometió a un profundo examen de conciencia y revisión, adoptó nuevas técnicas y se trazó metas más ambiciosas, los investigadores eclesiásticos faltaron a la cita y permanecieron, con las naturales salvedades, alejados de la corriente general. Conviene insistir en que de este marginamiento se han resentido y siguen resintiéndose la mayoría de nuestros estudios historiográficos, al faltarles —incluso a trabajos de gran mérito como, para señalar un ejemplo destacado, los de Vicens Vives— la base eclesiástica, verdadero telón de fondo de todos los acontecimientos políticos, sociales y económicos de la historia española hasta el umbral del siglo XX.

El camino recorrido y las aportaciones de los historiadores eclesiásticos de Francia encuentran, como decíamos líneas atrás, su más brillante y ejemplar manifestación en la obra del decano, y guía de estos estudios, Albert Latreille. El profesor de Lyon, junto con otro de sus compañeros de claustro, André Fugier, ha llevado a cabo una labor cuyos frutos y méritos el paso del tiempo irá dejando al descubierto. Menos espectacular que la realizada por otros historiadores de su país, su tarea se halla también menos condicionada por las fuerzas e impulsos que siempre deben permanecer a extramuros de la historia y cuya intromisión en ésta redundan—inexorablemente—en detrimento de su rigor y perdurabilidad. Ha pasado casi medio siglo desde que Fugier nos describiera la «aventura napoleónica» en tierras de Italia y España y sus conclusiones son aún, en el peor de los casos, una base de partida insustituible para cualquier estudio sobre el tema. Acaso no pueda afirmarse lo mismo respecto de otras obras hoy asentadas en el candelero de la celebridad cuando el tiempo las someta a prueba.

La ponderación, el rigor, la objetividad, presiden todo el tercer volumen de la «Historia del catolicismo en Francia», fruto de la colaboración de cuatro autores,

y en la que cabe su mayor mérito, como en toda obra de conjunto, a su director, que ha escrito además su primera parte.

Comienza ésta a mediados del siglo XVIII, cuando las fuerzas que iban a intervenir en Francia en «el combate de Dios» que Bossuet había profetizado tiempo atrás, se aprestaban, en el silencio en que se gestan las grandes convulsiones históricas, a la lucha. Más brillantes y favorecidas por el viento de la historia, las corrientes y almas que deseaban destruir la impronta católica de la vida francesa, o, al menos, en la expresión minimalista de su programa, desacralizar su sociedad, incurrieron en el error de despreciar la fuerza y potencia históricas de sus contrarias y su capacidad de reacción. Al triunfar las primeras en el ciclón revolucionario, su asombro no halló límites al comprobar cómo la persecución anticristiana sólo había servido para vigorizar la fe.

Así, por ejemplo, es indudable que la prueba de fuego del gran acontecimiento purificó a un gran número de eclesiásticos, cuyo anterior género de vida no hacía previsible la conducta abnegada y admirable de que dieron muestra en estos años. Y también obligó a los fieles a un catolicismo más expectante, alertado y abierto a las realidades temporales.

La vorágine revolucionaria, en gran parte de inspiración racionalista y atea, destruyó instituciones y costumbres positivas y dignas, pero los elementos de raíz cristiana que en ella también eran ostensibles alumbraron formas de vida llenas de frutos y valores. Uno de los más claros talentos de la Iglesia contemporánea que supo guardar en aquella taraceada época el equilibrio y la perspicacia, el Cardenal Consalvi, expresó un día a Talleyrand el gran servicio que los gobiernos revolucionarios habían prestado a la Iglesia cuando la despojaron —ilegal y arbitrariamente— de sus bienes. En el mismo pensamiento había de abundar San Pío X cuando, en otra hora trágica para el catolicismo francés, se quejaba de que todo el mundo le hablase de los bienes de la Iglesia, pero nadie de su bien.

El estudio que de toda la crisis del antiguo régimen hace Latreille no difiere, sustancialmente, en casi ningún extremo con el que realizó hace años en su obra maestra «La Iglesia católica y la revolución francesa»; la misma temática e idén-

ticas conclusiones. Tal vez lo más notable de esta gran síntesis sea la actitud con que se ha enfrentado a unas almas de las que aún hoy nos llega el eco de su energía y de su pasión. La continua referencia a las salvedades, el afán de puntualizar y distinguir, es el valor metodológico que más nos agrada personalmente del libro comentado. Los AA. recuerdan con ello a esos hombres tan propensos a las generalizaciones que son los historiadores, que lo esencial de su oficio radica en matizar, en discernir, en comprender; cómo el caudal del saber, cuando es ancho y profundo, va acompañado siempre de una extensa gama de tonalidades.

En los capítulos consagrados a la Iglesia de la Restauración, sin perder nunca el tono científico y ponderado, se pone de relieve el flaco servicio que los católicos prestan a sus descendientes cuando buscan la alianza con el Poder. Aunque la prudencia aconseje en todo tiempo a la Iglesia la armonía y las amistosas relaciones con el Estado, jamás aquélla debe encadenarse a éste «con hilos de seda». Los buenos misioneros que comenzaban, en los reinados de los dos últimos Borbones, sus tareas apostólicas con la célebre cuarteta:

«Vive la France,  
Vive le Roy,  
Toujours en France  
Les Bourbons et la Foi»

condenaban su propia tarea a ser flor de un día. Los católicos que en aquellos años fueron incluso más allá y experimentaron la tentación de emplear la fuerza —una fuerza que durante mucho tiempo había gravitado sobre ellos— contra sus perseguidores y enemigos de la víspera, ofrecieron un ejemplo insuperable de catolicismo «triumfalista», siempre pródigo en errores y sorpresas.

Pero frente a estas corrientes reaccionarias, los últimos años de la Francia de Carlos X presenciaron el nacimiento de unas fuerzas llamadas a tener un largo alcance y un poderoso eco en la historia posterior. Fueron puestas en marcha por una de las existencias más trágicas del catolicismo contemporáneo: Felicidad de La Mennais, más generalmente conocido por Lamennais al democratizar así su apellidado por estar más en consonancia con el ideario que defendió en su vida pública.

Su obra, el catolicismo liberal, ha estado, como todos los movimientos renovadores contemporáneos, expuesta —y sigue estándolo— a los más controvertidos y dispares juicios. Para los autores del libro comentado fue en conjunto, y podada de las exageraciones y radicalismos casi inevitables en el ambiente decimonónico, positiva y beneficiosa. Acaso los católicos del XIX fueron, en perjuicio sin duda de la Iglesia, más propensos a establecer aduanas y fronteras que a abrir nuevos caminos y a redactar diarios de ruta...: «Mais la sortie aventuree des "catholiques libéraux" a porté des fruits appréciables pour l'Eglise en France».

«D'abord elle a donné à l'ultramontanisme l'occasion d'une nouvelle victoire: la soumission sans équivoque des mennaisiens a démenti les pronostics de ceux qui voyaient en La Mennais un nouveau Luther ou un second Arnauld; elle a prouvé que tous les catholiques de France reconnaissaient la prérogative du magistère romain de se prononcer sur les difficultés doctrinales et disciplinaires, et fait ressortir l'unité catholique. Notons cependant que l'événement a été l'occasion d'un échange de positions. Ce sont les intégristes qui deviennent romains sans conditions, voire plus romains que Rome dès qu'il s'agit de déceler les séquelles du libéralisme. Ce sont les libéraux qui se défient désormais de l'ultramontanisme, lui opposent le respect de l'autorité épiscopale et la considération des traditions nationales, au pont de s'attirer couramment le reproche de gallicanisme honnêtes».

«D'autre part, elle a permis à tous ceux qui avaient été incités à l'action militante au sein de la société de leur temps de se livrer à une révision exigeante de leur expérience, pour se remettre à l'oeuvre sur des bases plus sûres. Sans cette épreuve, l'action d'un Lacordaire, d'un Montalembert, n'aurait pas été ce qu'elle fut, ni même celle d'un Ozanam (encore que celui-ci doive à d'autres influences l'essentiel de sa pensée); ni encore celle d'un Dupanloup, entré dans l'arène comme un adversaire des libéraux, et qui se rapprochera ensuite de leurs idées. On n'aurait pas eu en France ce spectacle de forces de renouvellement et de continuité au sein du catholicisme, qui donna un démenti formel à ceux qui avaient trop tôt annon-

## BIBLIOGRAFIA

cé l'ensevelissement définitif de la religion morte».

En la última parte de la obra —las páginas dedicadas al siglo XX— se advierte fácilmente la cautela de los juicios de los autores y sus esfuerzos para alcanzar la mayor objetividad posible, conseguida a veces por el procedimiento de convertir la historia en un catálogo de sucesos y personajes. A pesar de sus intentos, es manifiesta la valoración negativa que los movimientos católicos «defensivistas» le merecen.

Aparte de por su valor científico, sería muy útil, por la incitación que ello supondría para los estudiosos españoles, la traducción al castellano de esta gran obra de la historiografía francesa.

La Bibliografía es seleccionada y crítica.

JOSÉ MANUEL CUENCA

BENVENUTO AGOSTINO GIACON, *L'amministrazione dei beni ecclesiastici e religiosi*, 1 vol. de XVI + 429 págs., Pubblicazioni della provincia Patavina dei Frati Minori Conventuali, Edizioni Messaggero, Padova, 1964.

El presente trabajo del P. Giacon tiene por objeto —según sus mismas palabras— «...esaminare come si devono o si possono amministrare ovunque, secondo le norme canoniche, e specificamente in Italia, secondo il diritto ecclesiastico italiano, i beni propri della Chiesa universale e dei suoi enti in particolare». Se trata, pues, de una guía que facilite las labores de administración de bienes eclesiásticos y, como tal, de visión eminentemente práctica, en la que se hace abstracción de problemas doctrinales para centrarse en la legislación positiva italiana sobre bienes y entes eclesiásticos, y en la canónica sobre el tema.

Lo patrimonial eclesiástico está siendo cada vez más abordado, y no sólo desde la vertiente canónica, sino también de la civil, y es que esta materia plantea fricciones entre los ordenamientos de los diversos países y el de la Iglesia con una frecuencia más que normal. Las especialidades de la administración de bienes eclesiásticos por un lado, y, por otro, el deseo legítimo de los Estados de salvaguardar el principio fundamental de la seguri-

dad del tráfico en las relaciones entre los ciudadanos y los bienes eclesiásticos, son cuestiones que, en el campo práctico del administrador eclesiástico y el profesional del Derecho secular, plantean muchas veces problemas espinosos.

De ahí, a nuestro entender, la importancia de todo trabajo que, como el que comentamos en estas líneas, conjugue los criterios civiles y los canónicos en materia de bienes eclesiásticos.

Aunque la legislación y la práctica italiana sobre la actividad patrimonial de los entes eclesiásticos en el orden civil no tenga el mismo signo que en la legislación española, sin embargo algunos de los problemas que soluciona dan luz sobre cuestiones análogas en España, muchas de las cuales están sin abordar por la inexistencia de autores que estudien estos temas eclesiasticistas en nuestra Patria.

El autor divide su estudio en seis partes: el objeto de la administración eclesiástica, los sujetos jurídicos, los sujetos canónicos de dicha administración, la inversión del dinero, deberes de los administradores con los productores y con los entes públicos, y la contabilidad eclesiástica. De ellas quizás las de más interés son las relativas a los sujetos económicos —en la que el autor hace una completa exposición de la problemática atinente a la responsabilidad de los administradores, réditos y entes beneficios, actos de ordinaria y extraordinaria administración, todo ello con especial referencia a los religiosos— y la referente a la contabilidad eclesiástica en la que proporciona criterios muy prácticos y orientadores para los administradores eclesiásticos, de indudable utilidad en el ejercicio de una misión no siempre fácil.

El trabajo se completa —con lo que se hace de sencillo manejo— con tres apéndices en los que se recogen las normas canónicas, concordatarias y civiles italianas sobre administración de bienes eclesiásticos y materias conexas, así como un índice analítico y bibliográfico.

La obra cumple su misión: orientar en la labor de administración de bienes eclesiásticos dando criterios muy prácticos de actuación. El método es expositivo y sin entrar nunca en polémicas ni sentando opiniones distintas a las más comunes sustentadas por la doctrina.

La presentación tipográfica es buena y